

Vivir después de morir

JAVIER PARDO DE SANTAYANA y COLOMA *

V

ida y muerte no son conceptos totalmente antitéticos para el hombre porque ambos tienen la verdad como referencia. Toda nuestra existencia es un esfuerzo por comprender y, por tanto, por conocer la verdad, ya que en vida ésta apenas se nos muestra, velada como está por nuestras limitaciones para percibirla, enmascarada por las cosas, arrastrada por la acción, empañada por la falsedad. Por eso esperamos que tras la muerte se nos revele en toda su plenitud. Quizá por eso hablamos de “la hora de la verdad” cuando nos referimos al tránsito.

Al nacer salimos a la luz y empezamos a percibir una realidad que es en sí cierta pero que nos resulta insatisfactoria porque, al ser parcial, nos hace constatar la presencia del misterio, y éste se hace más patente y más profundo a medida que vamos conociendo más y más cosas. Nuestra experiencia es que en la vida todo es artificio menos el misterio y que éste nos acompaña desde que adquirimos el uso de la razón. “Pienso, luego no entiendo” podría ser un buen punto de partida para elaborar una teoría filosófica, ya que esta frase está en el origen de la religión, de la ciencia, del arte, del drama humano.

Para el hombre religioso morir supone conocer y comprender el misterio y, por tanto, también la plena instalación en la verdad. Por eso nuestra existencia bien puede ser considerada como una peregrinación hacia el conocimiento. Así la muerte se nos ofrece como una especie de inmersión en la verdad que, por tanto, no es sólo felicidad, sino también encuentro, descubrimiento, constatación. He aquí su dimensión intelectual. En la presencia de Dios se funden la verdad y la bondad, que se hacen una misma cosa, de forma que todo alcanza la sencillez de la realidad última y las emociones se funden en la serenidad absoluta para transformarse ya, simplemente, en amor.

Mientras nos llega esa plenitud vivimos tanto más y mejor cuanto más nos acercamos a la verdad, pero para ello tenemos que empezar por reconocer la presencia del misterio, que pone nuestra realidad en perspectiva. He aquí el

* Teniente General en la Reserva.

fundamento de la verdadera sabiduría. Por eso, como escribió el filósofo cristiano francés Jean Guittou, “Dios es un bien común de la inteligencia”.

D. Julián Marías fue filósofo cristiano y, por ello, un filósofo sabio que supo compaginar el pensamiento con la fe. Ello le convierte en fuente de luz para nosotros. Al instalar el misterio en su perspectiva personal ésta se hizo más amplia e indujo un pensamiento más profundo que se caracterizó por su poderosa dimensión humana. Por eso se le entiende tan bien, y por eso sus preocupaciones tienen tanto que ver con nuestras propias preocupaciones.

Si D. Julián Marías tuvo una obsesión en su vida, ésta fue la verdad. No se trataba sólo de la verdad como concepto o como sujeto de estudio teórico, sino, también y sobre todo, de la verdad en relación con las personas, con nosotros, con la sociedad española. D. Julián se refería con frecuencia a un fenómeno que según él iba ganando terreno: la instalación en la mentira, un fenómeno que va mucho más allá de la simple constatación de que la mentira está presente en nuestra sociedad, que al fin y al cabo esto es algo consustancial con la condición humana. Se trata de otro fenómeno de bastante mayor gravedad: la instalación consciente de la mentira en la sociedad como forma de conseguir determinados beneficios.

Esa instalación premeditada y consciente en la mentira, que oscurece la verdad y nos convierte en sus esclavos, preocupaba a D. Julián en su triple condición de hombre de pensamiento, de español y de cristiano, y por eso la denunciaba como agresión intelectual, como problema para la convivencia y como prueba de deterioro moral.

Pero D. Julián no renunció a la esperanza y siempre creyó en el hombre. “Si existe la esperanza, ésta ha de estar en el hombre, que es el depositario de la palabra”, parecía decirnos. Y creía también, más concretamente, en los españoles, y esto es ya más raro. En una generación de pesimistas supo encontrar luces entre las sombras en las que los demás tan placenteramente se sentían, y lanzó hacia el futuro un mensaje alentador. Venía a decirnos: “Habéis demostrado que podéis hacerlo”, y nos recordaba no sólo los hechos de nuestros antepasados sino también nuestras experiencias más recientes.

La permanente búsqueda de la verdad hizo de D. Julián Marías un hombre auténtico y, por tanto, también un hombre bueno. Si, como dije antes, su palabra se entendía tan bien, era porque, sin la engañosa tapadera del artificio y de la retórica, sobresalía en ella la elocuencia de una profunda sencillez que él compaginaba sabiamente con su alta categoría de intelectual comprometido con la verdad.

Quizá por eso la progresía a la violeta, que tanto disfruta dejándose engañar y engañándonos a los demás, ha hecho todos los esfuerzos posibles por ignorarle. Yo juzgué escandaloso que a su muerte se rebuscasen en su historial algunos enconzonazos políticos con el régimen anterior como sus méritos más relevantes, y mi sorpresa fue mayúscula cuando los micrófonos que debieran ser más sensibles a su condición de creyente silenciaron su condición de tal, como si estuviésemos sobrados de filósofos cristianos en esta desgraciada época. En el fondo, también le abandonaron sus amigos.

En un ambiente de creciente indiferencia moral, cuando el nihilismo se extiende y nos presiona para imponernos un pensamiento plano al que molestan las convicciones, cuando al parecer no cabe nada permanente salvo algunos principios útiles para la demagogia, cuando la acción precede al pensamiento y éste se utiliza para maquillar la realidad en beneficio de los objetivos más sectarios, cuando se recurre permanentemente al adanismo como si todo cambio fuera deseable si sirve para destruir lo que otros construyeron, cuando regresamos a la aldea en plena expansión de unos espacios que ya alcanzaron la dimensión de la globalidad, cuando da igual una cosa que la contraria porque todo es, al final, una cuestión de marketing, cuando la verdad se maquilla o se sepulta bajo el estruendo de los eslóganes, cuando la libertad se siente encerrada entre los muros de lo políticamente correcto, ¡cuánto necesitaríamos hoy su voz y su palabra!

Pero en la medida en la que aún resuenan sus ecos, en la medida en que otros se identificaron con su pensamiento y también buscan la verdad, en la medida en que ésta —esperemos— se abra paso entre la confusión, para nosotros la vida de D. Julián Marías continuará después de su muerte, en la que nuestro filósofo habrá encontrado, definitivamente, lo que siempre buscó.

Recordad que también él nos dijo, a su manera: “¡No tengáis miedo!”.